

La brújula perdida de Enrique Peña Nieto

SERGIO NEGRETE CÁRDENAS*

Comenzó la segunda mitad del sexenio peñista. En su discurso de toma de posesión el flamante presidente dijo: “En la vida de un país, seis años son un periodo corto, pero dos mil 191 días son suficientes para sentar las bases de lo que desde ahora debe ser nuestra meta: Hacer de México un país próspero, de oportunidades y de bienestar para todos”. Hoy, de ese plazo, que aquel 1 de diciembre de 2012 parecía tan lejano, ha transcurrido más de lo que resta.

El titular del Ejecutivo, y su equipo, llegan al ecuador de su gestión (2012–2018) desgastados y sin rumbo. Si José López Portillo dijo al finalizar su administración (1976–1982) que era responsable del timón, pero no de la tormenta, el presidente Peña parece mostrar que está con las manos firmes sobre un timón, pero guiándose (sin saberlo) con una brújula que se rompió. Para todo futuro estudioso de historia de México o de ciencia política la evolución del primer trienio peñista será fascinante dado el potente arranque y la evidente pérdida de rumbo que le siguió.

• Es profesor investigador del Departamento de Economía, Administración y Mercadología del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). Es doctor en Economía y maestro en Economía Internacional por la Universidad de Essex, Reino Unido. Trabajó en el Fondo Monetario Internacional (2004–2009) y fue docente en varias universidades en Barcelona, España. Es colaborador del periódico *El Financiero*.

1. DE TOLUCA A PALACIO NACIONAL, SIN ESCALAS

Enrique Peña Nieto pertenece a una generación trastocada. Con un pie en la era de la *dictadura perfecta* priista, como fue tan brutalmente catalogada por Mario Vargas Llosa, y con el otro en la imperfecta pero real democracia. El presidente, a sus 49 años, es joven fisiológicamente pero se quedó atorado en la era del *PRI-istoceno*. Mucho de ese estancamiento mental y anímico se explica porque su desarrollo como funcionario y político en lides electorales (legislador local y gobernador) transcurrió en un ecosistema atípico, el mexiquense. Mientras el resto del país avanzaba, con tropezones, en las desconocidas y turbulentas aguas democráticas, el Estado de México era una burbuja dominada por su partido, el Revolucionario Institucional (PRI).

De hecho, Peña desplegó una inusual habilidad política para afianzar ese territorio bajo el control de su partido, que en ocasiones bordeó al tripartidismo. Aplastó a los partidos Acción Nacional (PAN) y de la Revolución Democrática (PRD) ganando la gubernatura en 2005, mientras que al año siguiente su partido era destrozado en el plano nacional con la triste pero no quijotesca figura de Roberto Madrazo. Peña mantuvo esa cómoda burbuja en Toluca, gobernando como todopoderoso tlatoani local, cuantimás con un cuestionado presidente blanquiazul, Felipe Calderón (2006–2012), despachando en Palacio Nacional.

Así, Peña llegó al zócalo capitalino sin nunca haber tenido cargo alguno en el nivel federal, ni como funcionario ni legislador. Esta falta de experiencia federal no tiene precedente en el México moderno, cuantimás en un país tan centralizado políticamente. Todos sus antecesores, incluso los emanados del PAN, tuvieron como parte de su carrera ser titulares de una secretaría de estado (Felipe Calderón) o legisladores federales (Vicente Fox y también Calderón). Todos los priistas habían llegado, por supuesto, a Palacio Nacional habiendo sido miembros del gabinete (de Pascual Ortiz Rubio a Ernesto Zedillo), muchos además con carreras en el ámbito legislativo o local.

Arribó, pues, con la sólida noción presidencialista que imperó hasta iniciada su cuarta década de vida: el presidencialismo mexicano omnipresente y omnipotente. Basta leer los discursos en los que muchos de sus ministros arrancan con un resonante “con su permiso, Señor Presidente”. Por supuesto, su nombre completo parece ser El-Señor-Presidente-de-la-República-Licenciado-Enrique-Peña-Nieto.

Muchos de sus traspies en el último año derivan de ese anacronismo. Ya no son los tiempos de ese otro mexiquense (o guatemalteco, según se crea), Adolfo López Mateos. Parece pensar que sus dichos, los que sean, serán suficientes para que la república tenga claro que hay mando y rumbo. Si acaso, que logrará el aplauso que ahora se le regatea y recuperará de golpe la popularidad perdida si presenta una disculpa por algo que oficialmente no hizo (destacadamente las acusaciones de corrupción en torno a la casa de su cónyuge). Que el país, ansioso, aguarda un nuevo decálogo de propuestas para concluir que hay una sólida agenda de gobierno. Esto es, los tiempos en que los noticieros del país arrancaban, seguían y cerraban con “El-Señor-Presidente-hizo-esto-y-aquello”. Pero ahora son los tiempos de YouTube, Facebook y Twitter. Una era en que los videos y memes exhiben traspies y masacran reputaciones, con razón o sin ella, con sus autores nacidos, ellos sí, en una era sin reverencias automáticas a la llamada investidura presidencial.

2. UN ARRANQUE TRASFORMACIONAL

Los tropiezos de hoy parecen inconcebibles cuando se recuerda el impresionante arranque del sexenio peñista. De entrada, el país literalmente pedía paz, y lo evidente es que Calderón no estaba dispuesto a buscarla. Injusta o precisa, la frase de “la guerra de Calderón” resumía el sentir popular. El michoacano parecía dispuesto a arrasar a las mafias del narcotráfico a sangre y fuego. Arrestos y muertes de capos, sin embargo, era (y es) como cortar una cabeza a la mítica hidra: por cada cabeza cercenada surgían dos nuevas. Sin éxito, pero ciertamente con

abundancia de sangre y fuego. La implícita promesa peñista era de una renovación, paradójicamente volviendo a lo viejo y conocido: el PRI.

La sorpresa mayúscula del gobierno que arrancó a finales de 2012 fue en otro ámbito, pero igualmente bienvenido: la economía. El desempeño de Calderón en esa área había sido mediocre, pero las fallas se explicaban por avatares externos, destacadamente lo que hoy se conoce como la crisis financiera global (2008–2009) y que golpeó a México con fuerza brutal. Sin embargo, con respecto a la necesidad de las llamadas “reformas estructurales”, el calderonismo había sido derrotado con la misma contundencia que Vicente Fox y Ernesto Zedillo. Con un congreso fragmentado (lo habitual desde 1997), el país parecía condenado bajo Peña a seis años más de mucha verborrea y poca acción en torno a las cacareadas reformas.

Pero el Pacto por México se anunció el 2 de diciembre de 2012. Parecía un sueño: en 24 horas (obviamente con mucho trabajo previo, que fue inusualmente discreto) el nuevo gobierno había logrado reunir a los principales partidos políticos para firmar una serie de acuerdos (muchos de ellos muy concretos, nada de objetivos tan vagos como grandilocuentes). *De facto*, que no *de jure* (imposible bajo el actual sistema político) se había forjado lo que en un régimen parlamentario se llamaría una “gran coalición”.

Y el sueño se hizo realidad. Durante 2013–2014 se registró una especie de ofensiva relámpago, *blitzkrieg*, de corte legislativo. Las mayorías necesarias aprobaron por igual radicales modificaciones constitucionales que las necesarias leyes secundarias clave para poner carne al nuevo esqueleto económico. Muchas de las ansiadas reformas, esperadas durante más de 15 años, se hicieron realidad de golpe. El gobierno peñista había recuperado algo que se había perdido con la democracia y los congresos fragmentados: la plena gobernabilidad. Fue un logro verdaderamente mayúsculo, mostrando que los liderazgos políticos eran capaces de algo que parecía imposible en México: cooperar.

El Pacto por México no duró mucho, al menos en su forma original. La trasformativa reforma energética, aprobada por la dupla PRI–PAN,

llevó al descontento y el rompimiento por parte del PRD. La aprobación de la reforma fiscal, con el PRI-PRD como mancuerna, implicó el alejamiento de Acción Nacional. Contra lo que se temió en su momento, la muerte del pacto no implicó un retorno a la parálisis legislativa. Peña había demostrado, claramente, que era capaz de forjar coaliciones igual amplias que estrechas en torno a grandes pactos o cambios legislativos específicos. De paso, posicionó al PRI en el centro del espectro político, a la izquierda del PAN y a la derecha del PRD. Esto es, se colocó en la posición soñada de cualquier político. Además, en los meses dorados del pacto (2013) la administración dio evidencias claras de ser un “gobierno de resultados”, con la eficacia como sello.

3. ELIMINANDO VACAS SAGRADAS, DESPETROLIZANDO LAS FINANZAS

Las reformas no fueron cosméticas o superficiales. Por el contrario, varias fueron verdaderamente radicales, tocando vacas sagradas tanto del sector público como del privado. Petróleos Mexicanos (Pemex) dejó de ser un monopolio estatal para transformarse en “Empresa Productiva del Estado”. Lo mismo ocurrió con la Comisión Federal de Electricidad (CFE). Por otra parte, se abrió claramente la competencia para enfrentar a los dos monstruos de las telecomunicaciones: Televisa y Telmex-Telcel.

Quizá lo más impresionante, desde una perspectiva política, fue la apertura completa del petróleo a la inversión privada, tanto nacional como extranjera. Ya era un imperativo financiero, pero relativamente invisible. La producción del gigantesco yacimiento de Cantarell llegó a su pico en 2004 y desde entonces se inició lo que amablemente puede catalogarse como declive y con realismo como desplome. No es que en México no hubiera más petróleo, pero las actividades de exploración y producción requerían inversiones gigantescas. Pemex nunca fue una empresa petrolera normal en el sentido de la palabra, sino una vaca con las ubres llenas de liquidez, pero siempre en los huesos debido a la cons-

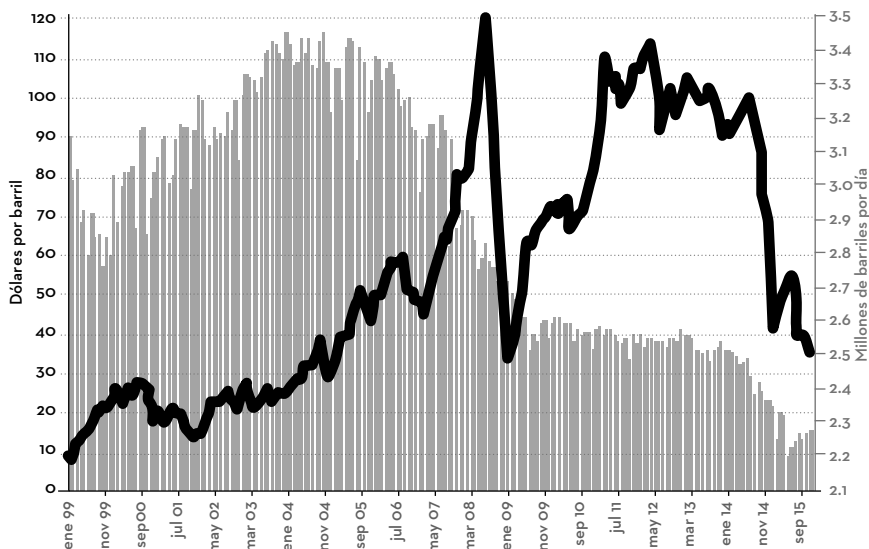
tante ordeña por parte del gobierno federal, por medio de una fortísima carga fiscal. No tenía, ni tiene, dinero para invertir en esas magnitudes.

Pero con el precio del petróleo en los tres dígitos el problema se ocultó. Había menor producción, pero a precios mucho más elevados. Hasta que el precio se desplomó (durante un tiempo relativamente breve) en la crisis de 2008–2009, las finanzas públicas parecían sólidas. Se ingresaba más y se gastaba más. Por ello se registraban déficits muy reducidos como porcentaje del producto interno bruto (PIB) o incluso algún superávit. Lo cierto es que los excedentes fiscales debieron ser significativos, acumulados para una temporada de vacas flacas. Pero el ahorro al respecto fue prácticamente inexistente.

El desplome del petróleo puso en evidencia la impresionante fragilidad de las finanzas públicas, y sobre todo cómo el gobierno había gastado un ingreso impresionante. A partir de 2009 se abrió una brecha entre ingreso y gasto, que no se cerró a pesar de que el precio del crudo volvió a subir a partir de ese mismo año (véase la figura 2.1). El segundo desplome petrolero, a partir de fines de 2014, volvería a mostrar la impresionante petrolización de las finanzas públicas. Un elemento importante que salvó al gobierno de enfrentar una severa crisis fue la reforma fiscal aprobada a fines de 2013, que si bien ha sido inmensamente impopular, logró aumentar la recaudación impositiva de manera importante.

Otro empujón recaudatorio importante provino, paradójicamente, por el lado petrolero. El colapso en los precios del crudo se combinó con los precios prácticamente fijos de las gasolinas. Así, lo que hasta 2012 fue un subsidio gigantesco, y todavía importante en 2013, se convirtió en un ingreso fiscal a partir de 2014, y es previsible que siga a partir de 2016, a menos que el gobierno caiga en la tentación demagógica de reducir de forma importante los precios de los combustibles para mostrar el “éxito” de la reforma energética en ese rubro (esto es, lo que se hizo con los de por sí subsidiados recibos de electricidad). Lo cierto es que la bomba de gasolina se trasformó, de nuevo, en una

FIGURA 2.1 PRODUCCIÓN DIARIA DE PETRÓLEO CRUDO MEXICANO Y PRECIO PROMEDIO POR BARRIL, 1999-2015



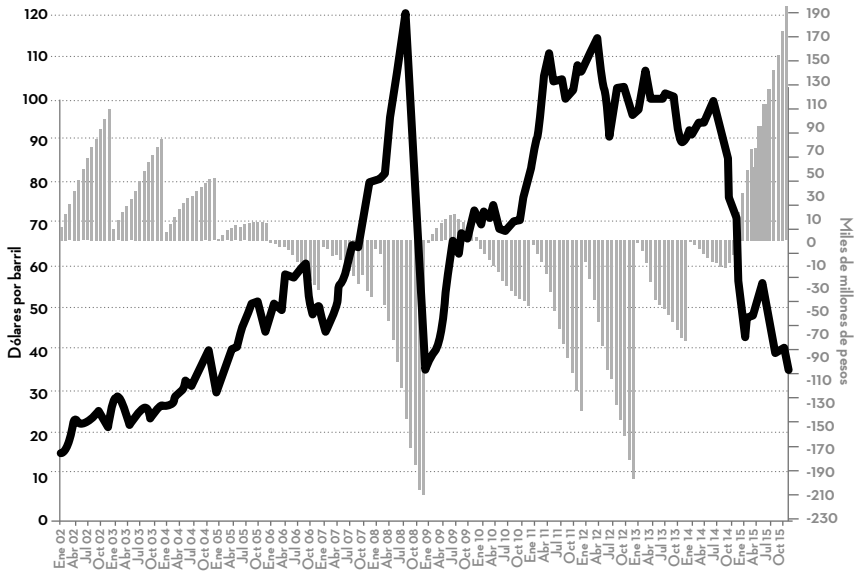
Fuente: Petróleos Mexicanos.

fuelle de ingreso, no de un subsidio regresivo pues beneficia a los más ricos) y contaminante (véase la figura 2.2).

4. LA DECEPCIÓN DEL CRECIMIENTO

No es para sorprender que las expectativas del propio gobierno y de la población en general fueran altísimas, sobre todo a mediados de 2014. Por fin se habían logrado las reformas y tenía por fuerza que llegar el despegue económico. Durante tanto tiempo, 15 años, la falta de reformas se había presentado como la explicación de la falta de crecimiento y parecía que el gobierno peñista había encontrado, por fin, la elusiva llave.

FIGURA 2.2 IEPS RECAUDADO POR CONCEPTO DE GASOLINA Y DIÉSEL Y PRECIO DEL BARRIL DE PETRÓLEO MEXICANO



IEPS: impuesto especial sobre producción y servicios
Fuente: Secretaría de Hacienda y Crédito Público y Petróleos Mexicanos.

Quizá la mejor expresión del optimismo gubernamental, y lo erróneo que a la postre resultaría, lo represente el Programa Nacional de Financiamiento del Desarrollo (Pronafide), publicado a fines de 2013. Las reformas dinamizarían el crecimiento sobre el llamado escenario “inercial”, provocando un aumento en la tasa de casi un punto porcentual para 2015, y llegando a casi los dos puntos en el último año del sexenio. Se pronosticaba, en promedio, un crecimiento de alrededor de 5% anual en el cuatrienio 2015–2018. Ello hubiera llevado, por supuesto, el mejor registro sexenal desde el ya muy lejano gobierno de José López Portillo (véase la tabla 2.1).

TABLA 2.1 CRECIMIENTO POTENCIAL ESTIMADO DEL PIB DE MÉXICO EN UN ESCENARIO CON REFORMAS (VARIACIÓN REAL ANUAL)

	2015	2016	2017	2018
Inercial	3.8	3.7	3.6	3.5
Con reformas	4.7	4.9	5.2	5.3
(Contribución de las reformas al crecimiento)				
Telecomunicaciones	0.2	0.3	0.3	0.2
Financiera	0.3	0.3	0.4	0.4
Energética	0.3	0.4	0.7	1.0
Fiscal	0.10	0.2	0.2	0.2

Fuente: Secretaría de Hacienda y Crédito Público, Programa Nacional de Financiamiento del Desarrollo (2013).

El futuro cercano presentado por el Pronafide ya nos alcanzó y dista mucho de ser el prometido por el documento. Para 2015 se espera un crecimiento de la economía de 2.5%, muy lejos del escenario “inercial” (sin reformas) de 3.8%, y a distancia abismal del 4.7% que se suponía iba a crecer la economía mexicana con las reformas funcionando. Para 2016 se espera un crecimiento que, si bien va, superará el 3%. Una vez más, a cierta distancia del “inercial” (3.7%) y muy lejos de lo que se esperaba (4.9%).

¿Qué ocurrió? Buena parte de la explicación reside en la palabra petróleo. Evidentemente, el gobierno contaba con cierta cantidad de recursos que se evaporó junto con el precio. Buena parte de ese dinero habría terminado en inversión. Quizá no en aquellos más socialmente rentable, como el malhadado tren bala México-Querétaro, pero de todas maneras inversión que habría dinamizado economía y empleos.

Pero la misma producción de petróleo ha sido otro factor que ha golpeado al crecimiento. La contracción que se ha observado en esa variable ha tenido un impacto, evidente, en el PIB. La economía mexicana estaría creciendo por encima de 3% de no haber ocurrido esa contracción. Además, el colapso en el precio redujo, de manera considerable,

el interés de las empresas (sobre todo las extranjeras) en entrar a México a explorar y producir. Los mexicanos crecieron prácticamente adoctrinados con que las grandes multinacionales del petróleo habían sido expulsadas del territorio nacional y salivaban, en la frontera, listas para entrar de nuevo a la menor oportunidad. Por supuesto que muchas empresas hubieran querido entrar a México en diversos momentos de la historia reciente (destacadamente 1973-1981 y 2004-2013), pero la apertura llegó en un momento en extremo inoportuno. ¿Más vale tarde que nunca? Ciertamente, pero hubiera sido mucho mejor más temprano que tarde. Los miles de millones de dólares que se esperaban por concepto de inversión extranjera directa pertenecen a la tierra inexistente del hubiera.

La paradoja es clara con respecto al gas natural. Hasta hoy Pemex quema buena parte de ese combustible asociado con la producción de crudo. Al mismo tiempo, el consumo nacional de gas se ha disparado. No es solo la industria manufacturera la que ha aumentado considerablemente su demanda. Además, la CFE está optando por usar gas en sus plantas de ciclo combinado porque ese energético es más barato (lo que permite reducir el precio a los consumidores sin incrementar, más, el generoso subsidio). Por ello, el consumo nacional se ha disparado. Convendría que México produjera más gas natural, pero en este momento lo más rápido y financieramente viable es aumentar las conexiones entre el sur de Texas (que ya produce el gas natural en abundancia, gracias a inversiones hechas en años recientes) y el norte-centro de México.

Sin crecimiento elevado no hay una sensación de bienestar entre la población, ese “feel good factor” causado por el aumento en el empleo y los ingresos. Y el crecimiento ha sido todo menos elevado en la primera mitad del sexenio peñista. Fue de un magro 1.3% en 2013, seguido por 2.3% en 2014, y será ligeramente superior a esa cifra en 2015. Buena parte de la impopularidad de Peña y su gobierno tiene una raíz económica. Mucha reforma, sí, pero poco crecimiento. Que Peña presuma en sus discursos lo primero cuando no ha llegado lo segundo es lo que

lleva a esa impopularidad que el presidente muestra incapacidad para comprender. El infortunado anuncio oficial centrado en el “ya chole con tus quejas” reflejó claramente esa incompreensión.

5. TUFO DE CORRUPCIÓN, DIGNO DEL VIEJO PRI

Pero la impopularidad peñista tiene múltiples raíces. La falta de prosperidad económica es grande, pero no única. La aparente corrupción y el derroche en los altos círculos oficiales es también causa de ese desplome en el aprecio de la ciudadanía hacia los gobernantes en turno. La “casa blanca”, que compró su esposa en circunstancias poco claras, es hasta hoy la mejor representación de ese gigantesco problema que Peña enfrenta en su círculo más cercano y que no ha querido resolver.

A esos millones de pesos difíciles de explicar, enredados destacadamente con una constructora que trabaja intensamente en obras del sector público, se agrega el boato. El presidente y su familia se comportan como en una telenovela rosa de Televisa, en que fastuosidad y derroche apelan a las aspiraciones de superación de los millones de espectadores. Pero en la realidad las portadas del *iHola!* no resultaron en admiración sino en repudio. Precisamente la “casa blanca” fue revelada en todo su lujo en un despliegue de muchas páginas a todo color. No deja de ser irónico: la punta de la madeja del cuestionable maridaje entre constructora (Higa) y gobierno no fue descubierto por reporteros de investigación (aunque estos tirarían del hilo hasta mostrar la madeja completa) o por celosos auditores gubernamentales sino desplegado por cronistas de sociales. Y, en menor escala, fue lo mismo con viajes, fiestas y vestimentas: el despliegue del boato como derecho, provocando el repudio. No es sorprendente que de inmediato afloraran las comparaciones entre la “colina del perro” y la “casa blanca”; desde el sexenio de José López Portillo el tufo a corrupción no era tan fuerte entre la población. En ese sentido, parecía que el PRI había regresado en más de un aspecto.

Y los escándalos siguieron a lo largo de 2015, centrados en torno a la insana dupla constructoras-gobierno. Varios audios filtrados indujeron a pensar en otro maridaje, esta vez entre OHL y altos funcionarios. El destacado comunicador jalisciense Salvador Camarena encontró el apelativo adecuado: se trata de un *Watergate*. Como el escándalo que hace 42 años derribó de la presidencia a Richard Nixon, este ha sido alimentado por filtraciones, con diversas grabaciones como una de las partes más candentes. Como la humedad, avanza poco a poco, en ocasiones invisible, pero derruyendo todo a su paso. Si la mujer del César no solo debe ser honrada sino parecerlo, cuando se habla del propio emperador la exigencia es mayor. Peña Nieto puede ser escrupulosamente honrado, pero desde los escándalos que estallaron cada vez lo parece y lo es menos a los ojos de una población crecientemente escéptica.

La respuesta de Peña Nieto ha sido tan peculiar como poco efectiva. Aparentemente imposibilitado de cuestionarse a sí mismo, optó por hablar del problema en términos opacos, generales y, para la población, ofensivos. ¿Su reacción ante el estallido del problema en su círculo más íntimo? Alegar que la corrupción es un problema “cultural” de los mexicanos, un elemento de la “condición humana”. En el colmo de la ingenuidad, o del cinismo, proclamó que los nuevos sistemas de transparencia y de combate a la corrupción instaurados durante su gobierno ayudarían a confrontar el problema.

Quizá Peña Nieto no se atrevió a decir la palabra correcta, porque en ella habría un claro elemento de autocrítica. La corrupción en México no es cultural sino institucional. No viene impresa en la genética nacional sino permeada a lo largo de toda una vida en que un refrán dominante es “quien no transa no avanza”, y en la que toda persona que puede robar impunemente y no lo hace (sobre todo de las arcas públicas) no merece ser considerada honrada sino verdaderamente estúpida.

Peña no entiende o no quiere entender: no puede pasar a la historia como el gran reformador y al mismo tiempo ser catalogado como un

gran corrupto. A los ojos de la población prevalecerá siempre lo segundo. Si quiere lo primero, el imperativo es claro e inevitable: atacar cada uno de los cuestionamientos que sufren su persona, su familia y sus colaboradores, de frente y de raíz. Puede ser profundamente injusta, o no, pero de lo contrario la impresión que deja es que no se atreve a levantar la elegante alfombra de su gobierno por la impresionante cantidad de porquería que hay debajo.

6. PERENNE INSEGURIDAD Y NARCO

Las paradojas del primer trienio peñista no se detienen en las reformas que ocurrieron pero no funcionaron como se esperaba, o en el presidente que condena la corrupción en abstracto mientras sus sombras están presentes (literalmente) en casa. Quizá la más grave reside en haber fallado, a los ojos de la población, en lo que no prometió. Porque Peña nunca se comprometió a regresar al país al ámbito de seguridad que existía hasta los inicios del siglo XX, menos todavía a los bajos niveles de criminalidad que existieron hasta principios de la década de los años noventa.

El candidato Peña Nieto habló de modificar la política seguida por Calderón, no de un giro radical. En eso cumplió, con los afanes televisivos de capturas hechos a un lado en favor de cierta discreción. Pero el intento de descabezar a las mafias criminales de la droga sigue inalterado, e igualmente fracasado. La activa participación de las fuerzas armadas (y el apoyo por parte de Estados Unidos) se mantiene. La captura, fuga y recaptura del “Chapo” Guzmán representa, ahí sí con los focos mediáticos encima, ese esquema.

El cambio de narrativa fue suficiente en los comienzos del sexenio, pero obviamente quedó muy lejos de la expectativa (quizá injustamente) creada. La vaga esperanza que el gobierno haría algo tan diferente como efectivo (“algo” que nadie podía definir) se perdió al cabo del tiempo. En materia de seguridad la situación ha mejorado, pero no de

manera sustancial, y la decepción existente al respecto tiene un sólido fundamento.

7. A LA MITAD DEL RÍO

Como estableció recientemente Jesús Silva-Herzog Márquez, la marca del sexenio es evidente: la capacidad para reformar las leyes, el plano normativo, no puede ser cuestionada. Cuando existe un guion, un libreto al que la administración debe ceñirse, la actuación es certera. Pero la eficacia auténtica, más allá de los textos legales, es cuestionable.

En cierta ocasión un periodista preguntó al primer ministro británico Harold Macmillan qué era lo que más temía. La respuesta (traducida libremente) fue “lo inesperado, mi estimado, lo inesperado”. Una respuesta que mostraba su cultura y, sobre todo, su impresionante dominio de la historia. Uno de los grandes problemas del gobierno de Peña a la mitad del río sexenal es que no esperó lo inesperado. Tiene poco menos de tres años para mostrar que aprendió la lección y arreglar esa brújula aparentemente certera (pero rota) con la que conduce las acciones gubernamentales.